

Que no se diga en un velorio

Pablo Rieznik

Pablo no lo estaba pasando bien los últimos meses. Le dolía. Le costaba dormir. Aun así, viajamos a Salta, y como manejar le gustaba, subimos la Cuesta del Obispo con él al volante. A la vuelta, ya no. Escribía y leía casi todo el tiempo, en casa y en los bares del barrio que descubrió. Este texto es seguramente el obituario que le pedí que hiciera, inconcluso, sin título, pero aun así valioso. Lo dejó en su computadora para que lo tuviéramos (sin clave).

Pablo se murió una noche, después de comerse la última porción de su torta de cumpleaños y de despedirse de sus hijos hasta mañana. Así, en medio minuto, sin vuelta atrás, en casa, conmigo. Cuando se le cantaron las pelotas.

María Sánchez

“La vida es para pelear”. La sentencia que se repite en circunstancias y tiempos diversos, con frecuencia con el aire combativo que parece inspirarla. ¿Pelear contra qué? ¿Pelear contra quién? La existencia requerida de lucha para consagrarse como vida debida, ¿tiene sentido? No, no lo tiene: es un imperativo que no hay por qué admitir. Plantea en cambio la vida marcada por una especie de sino bélico, como si la apelación a algún tipo de guerra la arrojara a una dimensión de nobleza. No, de ninguna manera. Es un imperativo inadmisibles. Suena a darwinismo ramplón. Una porquería.

Puede haber una variante, una apreciación distinta de la mentada sentencia. Podría. Por ejemplo, en el caso de que “La vida... (para pelear)” fuera entendida como parte de una fórmula más amplia. Y, en consecuencia, en un dictado ampliado como el sujeto de un predicado valioso. La reformulación dejaría las cosas así, de un modo general: “la vida es para pelear (sujeto) por tal cosa o tal otra (predicado)”. El dictado pierde así su vaguedad inaceptable, y la apelación abstracta a la “pelea” como un combate sin por qué —que es lo que consideramos al principio como una porquería—. ¿Cuál es el motivo por el cual el “combatir” en sí mismo debería aceptarse como *desiderátum*?

En su formulación más extendida, no obstante —“la vida es para pelear por... tal cosa o tal otra”—, la “lucha” aparece condicionada, puesto que sólo tendría sentido por... “tal cosa o tal otra”. Aunque parezca contradictorio, con esta limitación novedosa, el horizonte de la vida y de la “pelea” se extiende entonces en territorios diversos. Para empe-

zar, los de la geografía convencional de los sentimientos: pelear por el amor, por los hijos, por la familia, por los amigos... y así de seguido. Queda abierta la posibilidad de que la cuestión sea algo más que una afirmación prosaica. Para el hombre de a pie y para el poeta, y viceversa. El predicado queda expuesto como promesa, como esperanza, como posible pasión por el porvenir.

Se puede imaginar, inclusive, un escenario más, que se supone más elevado. Sería la alternativa de una vida para pelear por un destino colectivo, por acabar con tanta miseria inhumana: la revolución social. Mire usted. Así, de la nada, "la vida para pelear" se resignificó como una aventura épica. Más aún: es también tema para la mesa del café, sugerencia para una tesis de grado, de postgrado o de recontra postgrado, que son las mejores. La vida para pelear por el hombre y el futuro es una invitación también al dilate y la irresponsabilidad. Hay de todo en la viña del Señor. Por lo menos variedades de uvas. Señor no.

Conclusión: "la vida para pelear" es un camino de ida. Claro que si uno sabe adónde quiere ir. Si no, se puede agarrar cualquier camino, como recomendó el personaje de *Alicia en el país de las maravillas* cuando fue interrogado sobre qué ruta convenía seguir en una encrucijada. Si no tenés un lugar al que llegar, cualquier sendero da lo mismo. No siempre se hace camino al andar. A veces.

Es aquí donde surgen los problemas: "el problema", con toda seguridad. El contenido polisémico de la "vida es para pelear", ¿puede transferirse al dictado en apariencia semejante de "pelear por la vida"? La respuesta es negativa. Se nos ocurre que si el primero puede tener muchos significados, este último no tiene ninguno. El precepto de "la vida es para pelear" tiene un sujeto y, por definición, es vital, es el principio, es la base, el fundamento... el axioma, si se quiere. No requiere demostración: ahí está. Es la vida, la vida es sujeto. El axioma vuelve siempre sobre sí mismo: ahí está. Que los que saben se encarguen de desplegarlo y de darle el arte que le corresponde. A la vida.

A quien interpela en cambio con el bienintencionado "pelear por la vida": ¿cuál es el sujeto? "Juan o María", responderán los asiduos de las respuestas rápidas. "Juan o María, vos, yo". Somos todos los convocados al combate por la vida, gritan desde algún púlpito. ¿Cuál pelea daríamos entonces, unos y otros, "por la vida"? ¿Qué es pelear por la vida, si la vida misma es para pelear?

"Pelear por la vida". ¿No es, acaso, una forma de la esterilidad de la vida en su aparente nombre y en un trájín tautológico? La pelea por la vida se consume en la misma vida, es la vida que se ensimisma y por eso se empobrece. No es, por el contrario, la vida como sujeto que se hace objeto, exteriorización. Alienación bien entendida: objetivación del sujeto que se trasciende, en lo que dice, en lo que hace, en el dominio de las condiciones de tu existencia, en su sociabilidad correspondida, en su amor, en su amistad, en su familia, en la militancia correspondida.

La pelea por la vida es, seamos claros, la de restaurar, reparar, controlar o eliminar una patología, un dolor, la carencia de una vida que no puede pelear y que por eso mismo necesita que se pelee por ella. No es la forma suprema de una lucha consentida sino la forma devaluada del cuerpo y la mente que pugnan por mantenerse vivos, plenos, en movimiento, preparados para pelear, con la vida restablecida para pelear. Otra vez: no hay sujeto en la pelea por la vida llevada a un altar ilusorio en el que pululan los que en verdad temen a la muerte. Todos, de una forma una u otra tememos a la muerte. El desafío es qué hacemos con ello. A ver.

La pelea por la vida no es una pelea: es un remedo de pelea, porque es la no-vida o la vida enferma a superar. Después, en la mejor variante, en un momento ulterior, estaría la posibilidad de la vida en plenitud. Bueno, en la plenitud posible, en el rincón que permite salir a pelear, según la metáfora boxística. Otra sería mejor. Mejor.

Uno puede elegir por qué pelear en la vida, o puede creer elegirlo. No, en cambio, pelear por la vida, es decir, sacrificar el impulso vital para consagrarse a crear las condiciones que permitan su propia existencia. Es penoso pelear por la vida, no es un destino elegido, tampoco querido, aunque como máscara aparezca adornado de honra y virtud. Pero no... es feo pelear por la vida, es sufrido, es lágrima y tristeza. ¿Por qué, para qué?

Desde muy joven quedé impresionado con un verso de Rilke que planteaba la necesidad de “elegir la propia muerte”. Entonces la elección era una elección de vida, de ninguna manera un suicidio. Al revés, era la ofrenda de una conciencia que se quería lúcida, combativa, hasta el final. Nunca afán tanático. Solo mucho más tarde descubrí una interpretación de Carlos Astrada sobre los versos del poeta alemán. Una interpretación más vasta y más erudita que no alteraba lo esencial.

Que no se diga en un velorio con pretensión de homenaje que el difunto mostró cómo se pelea por la vida. Déjenlo en paz, si esto o cualquier otra cosa fuese posible cuando el tipo ya está muerto. Si es por inventar, la imaginación humana debe acopiar ponderaciones más elevadas y hasta llenas de poesía. Evitemos el desatino. No es bueno. Que las palabras llenen esa ausencia con otra música de vida.

Sigamos. ¿Cuál es el afán de andarle peleando al sufrimiento, cuando éste se planta en un sentido inequívoco, cuando traza una agonía? La llamada muerte digna, que se delimita del encarnizamiento terapéutico, se admite, entre otros casos, como alternativa al sufrimiento “intolerable”. Por supuesto, de una vida llamada a concluir. Ahora bien, ¿cuándo es intolerable? ¿Qué debemos esperar? ¿Dónde encontramos el tolerómetro? ¿Cuáles son los umbrales de dolor que hay que soportar? La vida es hermosa. Por eso mismo... ¿para qué sufrirla, dolerla, pelearla? ¿hasta cuándo? Y por qué no: hasta que a uno se le canten las pelotas. Eso es.

